

## ETNOGRAFIA

### LOS PUEBLOS NATURALES DEL AFRICA

INTRODUCCION: País y población del Africa

#### EL PAIS

«Africa es una península del continente oriental.»  
O. PESCHEL

Situación y configuración del Africa. - Naturaleza de la península del Africa. - Deficiente ramificación de las costas. - Escasas condiciones navegables de los ríos. - Configuración del suelo y aguas. - Influencia de la naturaleza del Africa en sus habitantes. - Clima. - Vegetación del Africa. - Animales del Africa.

Antes de entrar en el estudio de los africanos, es preciso que conozcamos el África; pues los destinos de los pueblos se encuentran siempre influidos por el suelo en que éstos se mueven, del cual toman los alimentos, que limita su esfera de acción, ó que les ofrece la posibilidad de ensanchar sus fronteras. Influyen también en ellos el cielo que les fija la medida del calor y de la humedad indispensables para su vida, según que el sol se levante más alto sobre él ó que sobre él brille en un cielo azul ó cubierto de nubes; las plantas y animales en su suelo existentes, los cuales así pueden ser para el hombre medios de alimentación, de abrigo y de adorno, amigos, auxiliares y compañeros, como enemigos peligrosos y difíciles de vencer. No hemos de buscar la medida de esta influencia; nuestra tarea, en este momento, consiste simplemente en trazarnos una imagen de la parte de la tierra llamada África, desde el punto de vista de ser ella lugar de residencia del hombre, y estudiar lo que ofrece y lo que niega á sus habitantes, y en qué condiciones se encuentran éstos en ella colocados de una manera distinta que los demás pueblos del globo.

Si analizamos comparativamente las cinco partes de la tierra, veremos desde luego que el África se nos presenta como la menos prolongada en dirección de Norte y Sud, y por ende como la más extendida hacia el espacio tórrido comprendido entre los dos trópicos. El punto más septentrional, el cabo Blanco, se encuentra en los 37° de latitud Norte, y el más meridional, el cabo de las Agujas, á los 35° de latitud Sud, lo cual nos da una extensión de 1,100 millas de Norte á Sud. Casi igual extensión, es decir, 1,000 millas, encontramos de Este á Oeste, pues el punto más occidental, el cabo Verde, está á los 17° de longitud Oeste, y el más oriental, el cabo Guardafuí, á los 51° de longitud Este del meridiano de Greenwich. De suerte que esta parte de la tierra es casi tan larga como ancha; y como está cortada casi en su centro por el Ecuador, resulta que unas

tres cuartas partes de su superficie total, es decir, 410,000 millas cuadradas, caen dentro de las dos zonas tropicales, que á los 23 <sup>1</sup>/<sub>2</sub> al Sud y Norte del Ecuador están limitadas por los trópicos.

Aun cuando no acontece siempre que sólo dentro de esta zona se encuentren los países más cálidos de la tierra, la altura máxima del solsticio en la misma tiene la condición principal para el calor máximo: por esto podemos afirmar sin vacilación que el África es, por su situación, uno de los continentes más calurosos, puesto que América y Asia sólo tienen en la zona tropical un cuarto y un octavo respectivamente de sus territorios. Ejercen también influencia en este sentido algunas otras circunstancias, de las cuales sólo mencionaremos aquí la configuración del África, que en conjunto se nos presenta como un triángulo, cuyo vértice mira hacia el Sud. El hemisferio Norte es, en igualdad de latitud, más cálido que el hemisferio meridional, y como en aquél está situada la parte más extensa y en éste la más reducida del triángulo ó cuña africana, esto contribuye también á hacer más calurosa el África, desde el punto de vista de la masa de territorio.

Detengámonos un momento para estudiar su situación y configuración. El África no es una parte del globo por completo independiente, como lo son las islas América y Australia rodeadas de mares por todos lados, sino que está unida al Asia por el istmo de Suez, de 15 millas de anchura; de suerte que dentro de una terminología geográfica rigurosa, debería denominársela península. Recordando el punto de unión, análogo, aunque más ancho, que une á Europa con Asia, se ha dicho que el África era la península sud-occidental y Europa la norte-occidental del Asia. Pero sea cual fuere la denominación que se adopte, siempre encontraremos este punto de contacto constituyendo uno de los más importantes hechos positivos de la geografía de esta parte de la tierra poco conocida. Cierto que este



punto de unión es poco ancho, pero como puente tiene una anchura más que suficiente, siendo de creer que algunos pueblos en su emigración pasaron por él.

Este istmo, sin embargo, no constituye el único punto de unión de África con el resto del antiguo mundo: el mar Rojo apenas tiene en su parte más ancha 50 millas desde la orilla árabe hasta las playas africanas; además está poblado de islas, y en el estrecho de Bab-el-Mandeb la Arabia apenas está separada por una distancia de cuatro millas de la Abisinia, que enfrente de ella se extiende. Más angosto es todavía el trozo de mar que en el estrecho de Gibraltar se interpone entre África y Europa: además de medir sólo una extensión de dos millas, está poblado de grandes islas, como Chipre y Malta, sembradas en el Mediterráneo — mar aislador de partes del globo — como territorios intermediarios, que constituyen verdaderos puentes desde el África al Asia Menor por una parte y á Europa por otra, cuya travesía, dado el carácter pacífico de aquel mar interior, no exigía una navegación muy perfeccionada. Puede, pues, afirmarse que el África no sólo está muy inmediata al antiguo mundo, es decir á Europa y Asia, sino que se encuentra con él enlazada por un istmo, por varias islas y por estrechos que más bien la unen á él que de él la separan. Con frecuencia habremos de observar la influencia que en los destinos de los pueblos del África ha ejercido este contacto con la Arabia, con la Siria y con los países del Mediterráneo. En la suerte y en la historia de los africanos del Nordeste encontraremos un sello árabe, y en las de los africanos septentrionales veremos cierto carácter propio de las comarcas centrales.

En cambio, por el Oeste, el Este y el Sud está tan alejada de las demás, como próxima se encuentra de ellas en los puntos indicados. Desde el cabo Verde hasta el punto más cercano de la América del Sud, que es el cabo de San Roque, hay una distancia de 300 millas; desde el extremo oriental de África hasta el extremo meridional de la India, 350; y desde Madagascar á Australia, 900. Por todos estos lados sólo puede llegarse al África con buenos buques, de los cuales no han podido disponer en ninguna época histórica los africanos que en tales territorios viven.

Al mencionar la posibilidad de dirigirse por mar á las más apartadas costas de esa parte de la tierra ó de encaminarse desde ellas á las de otros continentes, el pensamiento tiende naturalmente á conocer la configuración del África. Una larga serie de golfos, bahías, penínsulas é islas facilitan indudablemente la navegación; pues bien, esto es lo que no tienen las costas africanas, á las cuales en este punto sólo ganan las sud-americanas. Y esta circunstancia no sorprende tan sólo á los teóricos estudiosos de mapas, sino que choca también á Livingstone, tan despreocupado en esta cuestión. «Como este continente — dice — carece de brazos de mar y de bahías, las tribus del interior han sido alejadas constantemente de todo trato con los europeos por las tribus de la costa, entre las cuales predomina el principio fundamental de ocultar á la vista de las gentes á los habitantes del interior y presentarse como comerciantes intermediarios imprescindibles entre éstos y los europeos.»

Consignemos algunos datos. Si comparamos el espacio superficial del centro del continente con el de sus ramificaciones, tales como penínsulas é islas, veremos que en África resulta la proporción de 47 : 1, mientras que en Europa es de 2 : 1 y en Asia de 3 : 1. Si establecemos una comparación entre la extensión de costas de esta parte del mundo con la de las costas de Europa, señalando esta última como 1, la de aquélla sólo será de 0'22. Una gran ramificación constituida por penínsulas, ó extensas islas, ó

grupos de éstas, tal como existe en Asia, haría más posible el desenvolvimiento de civilizaciones propias é independientes; pero también falta esto en África, á causa de las escasas ramificaciones que en este sentido tiene esta parte del globo, que bien merece ser por ello calificada de informe. Únicamente los territorios del Nordeste y del Norte que confinan con el mar Rojo y con el Mediterráneo, presentan más variedad en esas ramificaciones; pero en cambio en ellos aparece otra circunstancia desfavorable, cual es la de que sus condiciones climatológicas permitan que los desiertos se extiendan, en muchos puntos, hasta las mismas costas. Madagascar, la única isla extensa de esta parte de la tierra, se ha creado una vida especial, lo cual parece demostrar que otras circunstancias, además de la ramificación, podían ser un obstáculo al desenvolvimiento de la civilización de África.

La dificultad de llegar á una vasta extensión de tierra, cuando ésta es deficiente en ramificaciones, puede hasta cierto punto ser compensada por los ríos que penetren hasta muy adentro de la misma: así vemos que la poca accesibilidad de la América del Sud se compensa con la gran navegabilidad de sus dos grandes ríos, el Amazonas y el Plata. En África, la configuración del suelo no permite que esta compensación alcance un grado suficiente, pues el interior del país forma en su mayor parte un territorio elevado y circuido de montañas, que hace que los ríos se precipiten en rápida corriente hacia las comarcas bajas de mucha menor extensión. El Nilo, el Congo, el Zambezé, el Orange sólo son hasta cierto punto navegables más abajo de aquellas corrientes rápidas; y únicamente el Níger permite penetrar en el interior de ese continente, y aun por un camino sobradamente tortuoso.

Algunos ríos africanos, en su curso á través del territorio elevado del interior, están en comunicación con los grandes mares interiores que allí se encuentran, y pueden, por lo mismo, ser un poderoso auxiliar para el comercio, como realmente lo son para cuanto se refiere á las necesidades indígenas; pero el tráfico encuentra completamente interceptado el camino hacia el mar. Por lo demás, la parte de África que se extiende al Norte del trópico de Cáncer carece — excepción hecha del Nilo que procede del interior — de corrientes notables, mientras que en la región correspondiente del Sud de África éstas han labrado sus valles en elevadas llanuras, con lo cual resultan, en muchos sentidos, inútiles para el hombre. De suerte que la naturaleza de los ríos de África más bien contribuye á aumentar que á disminuir la homogeneidad de los contornos de esta parte de la tierra tan pobre en ramificaciones.

La forma y las dimensiones de los ríos y de los lagos depende en alto grado de la configuración del suelo por donde corren los unos ó en donde están emplazados los otros. Las mismas condiciones de las grandes corrientes africanas que acabamos de mencionar, y que tanta influencia ejercen en el desenvolvimiento del África, son reflejo de la configuración del suelo de ésta. El África puede ser denominada la parte del mundo de las altas llanuras ó de las mesetas, pues en ninguna parte está tan generalmente extendida como en esta la forma de elevación de la tierra, cosa que tendremos frecuente ocasión de observar cuando estudiaremos aisladamente los diversos territorios. En este momento sólo queremos echar una ojeada general, que nos presentará el África como un país elevado, es decir como un país cuya elevación es, por término medio, de 300 metros. Un viajero que ha prestado excelentes servicios al estudio de la geografía africana, Speke, ha comparado, con bastante exactitud, este continente con un plato

vuelto del revés: el fondo representa el país elevado interior, el borde saliente las cordilleras que se extienden á lo largo de las costas, y el declive los trozos de territorio bajo que van descendiendo hacia aquéllas. Los geógrafos dividen esta parte del mundo en varios países llanos, pero éstos no se encuentran separados por límites marcados y precisos. El territorio bajo, es decir el país cuya altura no alcanza los 300 metros, es relativamente una pequeñísima parte del África, y la constituyen los alrededores de las costas y las partes bajas del curso de los grandes ríos, y sólo por casualidad lo encontramos en los bordes del país elevado ó en algunas brechas del mismo.

Por lo que hace al país elevado, parece que alcanza su altura máxima en el Sud y en el Este, mientras que en el Oeste y en el Norte va descendiendo por medio de depresiones que á menudo semejan elevadas gradas. Un trozo de terreno elevado que en pocos puntos baja de 1,000 metros, atraviesa la parte oriental y meridional del país desde la meseta abisinia hasta el cabo de Buena Esperanza y hasta la desembocadura del Cunene. La mayor brecha que allí encontramos es una depresión por la cual corren el Limpopo y el Cunene, hacia el Este y el Oeste respectivamente, mientras que entre ellos el Tíoge desemboca en el lago Ngami, falto de desagüe. Esta depresión puede ser considerada como la frontera natural entre el África meridional y la central. Al Norte de la misma álzase otra meseta, de la cual salen varios caudalosos ríos que corren en todas direcciones, especialmente hacia el Norte y el Sud: los que se dirigen hacia el Sud son recogidos casi todos por el Zambezé, que desemboca en la costa oriental, y los que se encaminan hacia el Norte van á confundirse en la mayor de las corrientes africanas, la denominada Congo. Ambos ríos corren, en su mayor parte, por el país elevado, desde el cual, saltando cataratas y formando varios rápidos, van á parar al país bajo, á donde llegan casi en la última parte de su curso. Del propio país elevado recibe el Nilo sus más altos afluentes, los cuales, reuniéndose en lagos más grandes que los del Zambezé y los del Congo, se dirigen hacia el Norte. Al Oeste de los mismos encontramos, procedentes de regiones desconocidas y dirigiéndose también hacia el Norte, los afluentes del lago Tsed, situado asimismo en una depresión, cuya margen septentrional, aproximadamente trazada por la situación de Timbuktú en el punto más septentrional del Níger, puede ser considerada como la frontera natural que separa el centro del Norte de África. El espacio que al Norte de ese territorio se extiende lo ocupa la meseta desierta del África septentrional, que, por causa del mayor carácter de desierto de sus fronteras, puede también denominarse meseta del Sahara. En su parte más oriental esta meseta está cortada por el Nilo, y en la norte-occidental confina con la cordillera del Atlas, pero en el espacio entre ésta y aquél comprendido, no encontramos más que pequeños riachuelos que se extinguen en las arenas del desierto, algunos grupos aislados de montañas y depresiones de poca extensión; de suerte que el carácter fundamental de ese territorio lo constituyen las onduladas mesetas que por su escasez de agua y de vegetación merecen el nombre de desiertos.

Tenemos, pues, tres grandes grupos de países elevados: el África meridional, el más elevado, de 1,000 á 1,800 metros de altura; el África central, en donde están situados los lagos del Nilo, del Congo y del Zambezé, cuya altura varía de 500 á 1,500 metros (el Dilolo 1,145, el Ukerewe 1,150, el Tanganika 823 y el Nyassa 464), mientras que su tronco norte-oriental, la meseta abisinia, alcanza en su centro una altura de 2,000 metros; y finalmente el África sep-

tentrional, cuyos territorios centrales y orientales se elevan de 300 á 600 metros de altura, al paso que al Noroeste, entre el Níger y el Atlas, se extiende un terreno bajo cuya elevación máxima es de 150 metros.

Las montañas que se alzan junto á estas elevadas mesetas no sobresalen al lado de éstas, por su anchura ni por su altura, de un modo tan imponente como las de Asia y América: son cordilleras aisladas, ó grupos, ó muchas veces simples elevaciones de mesetas ya elevadas, ó grupos poco extensos de montañas volcánicas. El África meridional tiene montañas marginales que cierran por el Este y por el Oeste, su meseta (el monte Kompass, 2,600 metros; el Cathlin Peak, en las montañas de Drakenberg, 3,600 (?), el Omatoko, en el país de Damara, 2,700). En el África central encontramos en los bordes septentrionales del Nyassa montañas de 4,000 metros, abundando en la región de los lagos las de 2,000 á 2,500. Entre el Ukerewe y el Océano Indico, álzase los volcanes de Klimandscharo y Kenia, de 5,700 y 5,500 metros respectivamente; y en la meseta abisinia encuéntranse montañas tan elevadas como los Alpes (Daschan, 4,620 metros). También es de origen volcánico la montaña de Camerun que se alza aislada en la costa occidental del golfo de Guinea, y cuya elevación es de 4,000 metros. Asimismo aparece aislado en el alto territorio del Níger el monte Kong (1,000 metros). El Atlas (3,500 metros) se alza en la costa Norte y Noroeste de África como cordillera imponente, pero también aislada. Como islas en el mar, son de ver las mesetas y colinas del desierto, las montañas Tibesti (2,500 metros), Air (1,600) y otras. En todas estas montañas no aparece otro lazo de unión que el país elevado en que se encuentran; ni se ve, como en las de América, una dirección dominante, ni ningún apoyo común en los bordes de una meseta central, como en Asia. El carácter de las montañas de África es más bien el fraccionamiento y sólo como cualidad común encontramos en algunas de ellas la situación periférica cercana al mar, lo cual hace que en el interior haya extensos territorios con muy pocas cordilleras. Faltan en esta parte de la tierra los grandes contrastes entre el país bajo y las altas montañas ó grandiosas mesetas, como las que encontramos en Asia y en América. Las tierras bajas escasean, las mesetas son de altura moderada y las montañas altas separadas unas de otras y en distintos puntos diseminadas.

Ahora bien, ¿qué influencia puede ejercer un país de tal suerte configurado sobre los pueblos que en él habitan? Por de pronto, le es imposible crear ó conservar en el desarrollo de la civilización aquellos contrastes que la naturaleza ha negado á su propio suelo: no vemos en él esas valles que á las emigraciones oponen, por ejemplo, los Andes y las cordilleras en los países bajos; ningún contacto íntimo entre una exuberante fertilidad que impulsa á la agricultura y una pobreza de suelo y rudeza de clima que favorecen el nomadismo, como lo encontramos en la India y en la China por un lado y en la Mogolia y en el Thibet por otro. El África tiene sus desiertos, pero éstos sólo en pequeña parte son habitables y por ende no pueden ser teatros de hechos históricos. Sus estepas, que hubieran sido propias para fomentar pueblos nómadas errantes y conquistadores, por el estilo de los mogoles, son de extensión muy reducida, y constituyen simplemente el borde de los desiertos y el punto de transición de éstos á los países selváticos.

Hay una diferencia entre los pueblos errantes y los emigrantes: los primeros existen en las estepas y desiertos del Norte de África, en donde la naturaleza del suelo les fija límites estrechos; á los segundos pertenece la inmensa ma-



yoría de los pueblos africanos, pues el país, con su falta de fronteras bien marcadas, favorece la emigración, ora de pequeños grupos, ora de grandes masas de pueblos. Únicamente los más apartados territorios del Norte y del Noroeste están separados por grandes extensiones de desierto difíciles de recorrer; por esto se han desarrollado tempranamente en el valle del Nilo y en las orillas del Mediterráneo civilizaciones que constituyen el grado máximo á que la cultura ha llegado en África. Todas estas creaciones, en parte magníficas, fueron, empero, debidas á semillas extranjeras que pudieron, en época remota, ser importadas de Asia, afirmando con razón Grisebach que la naturaleza quiso tener, en África, un teatro de especialísima independencia, como se prueba por el hecho de que los contactos con la civilización del antiguo mundo, que han existido desde la antigüedad más remota, han ejercido en esa parte de la tierra escasísima influencia, á pesar de no oponer á ellos obstáculo los mares ni las montañas.

Si nos fijamos en esto, no nos sorprenderá que, al estudiar la relación que existe entre África y el resto del mundo, sólo encontremos, así en los antiguos como en los modernos tiempos, tres puntos de acceso únicos que esta parte del mundo ofrece á los pueblos que, procedentes del extranjero, pisen su suelo, á saber: uno al Nordeste, en el punto en que el África confina con la Arabia; otro al Norte, en el punto en que se aproxima más á Europa, y otro al Sud, en donde el clima templado permite á los europeos establecer colonias con una civilización independiente. Los dos primeros puntos presentan el aspecto de oasis entre el mar y el desierto y son muy propios para reunir una población numerosa y, por ende, para hacer prosperar una plantación de retoños de cultura independientes; pero no lo son hasta el punto de desarrollar relaciones íntimas con el interior del continente y con los pueblos genuinamente africanos, los cuales, según sabemos, tardaron una serie relativamente corta de siglos en ponerse en inmediato contacto con los pueblos no africanos; con la particularidad de que sus comunicaciones más íntimas fueron primero con el Este y sólo hasta mucho más tarde con el Oeste y con el Sud.

La situación y las condiciones del suelo de África hacen que en esta parte de la tierra no se noten grandes contrastes climatológicos, lo cual no es óbice para que en las mesetas del Sud reine, durante una buena parte del año, un clima crudo, debido, en parte, á la altura de aquéllas y en parte á la proximidad de corrientes frías que, procedentes de la extensa cuenca del frío mar del Sud, se dirigen hacia el extremo meridional del continente y dejan sentir su acción fría mientras remontan sus costas occidentales, como acontece con las de la América del Sud. Pero los veranos calurosos dejan sentir allí también los calores inevitables en un grado de latitud que corresponde al de Argel. Únicamente los extremos meridional y septentrional tienen una temperatura anual media inferior á 20° centígrados. La mayor parte del África está situada en los trópicos, es decir en los 23 1/2°, al Norte y al Sud del Ecuador; de suerte que dos veces al año llega allí el sol, en su curso de trópico á trópico, á su cenit, cayendo por ende perpendicularmente sobre la cabeza de los hombres, los cuales no proyectan entonces sombra, es decir, son ascios: Herodoto dice, hablando de esto, y apenas puede dar á ello crédito, que las personas proyectan entonces dos sombras, una delante y otra detrás.

La fuerza y persistencia del calor producido por esta posición del sol, sólo hasta cierto punto pueden ser aminora-

das, en sus relaciones con el clima, por la elevación del terreno; y como por término medio cada 150 metros de elevación suponen una disminución de 1° centígrado en la temperatura, el calor tropical de aquellas mesetas del África ecuatorial, que en grandes extensiones se encuentran á 800 y 1,000 metros sobre el nivel del mar, experimenta una baja no despreciable. Además, las noches frías interrumpen, en el corazón del África, de una manera muy sensible los rigores del calor del día. Estas noches son consecuencia de la transparencia del aire en aquellas alturas. Overbeck y Richardson vieron sazonar los árboles que rodean el lago Tsed, y el frío de la noche obligó á Livingstone, á los 10° de latitud Sud, á resguardarse contra la brusca interrupción que la transpiración de su piel había sufrido, cosa que indudablemente es una de las principales causas de la insalubridad del clima tropical africano. La abundante formación de rocío es propia de todos los países tropicales, pero en ninguno se presenta con tanta intensidad como en el africano, en el cual las noches claras, condición esencial de aquélla, son al propio tiempo frescas, y favorecen por ende doblemente la formación de rocío. Además de la notable elevación, contribuye al enfriamiento la corriente fría, que procedente del extremo Sud azota las costas occidentales hasta el Ecuador, mientras que las estepas, que al Sud y al Norte forman un verdadero cinturón alrededor del África propiamente tropical, envían á ésta un viento cálido y al propio tiempo seco y por ende en extremo claro.

Todas estas causas producen una especie de calorificación del continente que el geógrafo puede designar como tipo continental, porque lo caracterizan primero el cambio brusco del calor del día al frío de la noche, y segundo la tendencia general hacia una sequedad predominante. Esta tendencia sólo se desarrolla decididamente en las llamadas regiones de los monzones, que de año en año se ven azotadas por los vientos secos del Este y especialmente por los del Sudeste y Nordeste, hijos secos y secantes de los países polares; pero también la observamos en los territorios tropicales y subtropicales situados fuera de este cinturón de los monzones, marcado por el Sahara y por el Kalahari.

De los dos grandes elementos que constituyen el clima tropical, el África posee más el calor que la humedad, de suerte que su clima, comparado con el de los demás países tropicales, sólo parcialmente lleva impreso el sello de las consecuencias de su situación tropical. Sus depresiones, comparadas con el calor de esta parte de la tierra en conjunto, no son muy notables, y sólo es casi generalmente tropical su distribución dentro del año. Los períodos de lluvias siguen el curso del sol: cuando éste, en su evolución anual, alcanza su altura máxima, llega también á su grado máximo la lluvia. La aparición de este período en los trópicos forma una división del año, en que la época de las lluvias sustituye á la sequedad. He aquí lo que constituye las estaciones en los trópicos. En el trópico Norte el sol llega á su cenit en la misma época en que entre nosotros alcanza su altura máxima, es decir en el verano; luego se dirige hacia el Sud, en el mes de setiembre cae verticalmente sobre el Ecuador y en el de diciembre ocupa esta misma posición en el hemisferio meridional, en el cual se hallan entonces los habitantes del Norte en pleno verano. En el mes de marzo vuelve á encontrarse sobre el Ecuador, desde donde se encamina hacia el Norte, y en el mes de julio termina en el hemisferio septentrional su carrera anual para volverla á comenzar de nuevo. Esto regula la aparición de la época de las lluvias. En las comarcas del Norte del Ecuador, muy cerca del trópico, encontramos

estas lluvias en verano; en las comarcas correlativas del Sud las vemos en el período que para nosotros es invierno; y entre éstas y aquéllas se encuentran los países ecuatoriales ó equinocciales propiamente dichos con dos períodos de lluvias que corresponden á la primavera y al otoño, y que muchas veces se confunden formando uno solo mucho más largo.

Esto, no obstante, no es más que la regla general, es decir, en cierto modo, el plan fundamental, pero hay muchas circunstancias que pueden modificarlo, siendo la principal de todas ellas la configuración del suelo. En el Ukerewe, las lluvias son generales durante todo el año, y lo propio sucede en algunos otros puntos de la meseta interior del África, siendo la causa de esto las corrientes de aire cálido y húmedo que hasta allí se elevan procedentes de los países bajos, y que, enfriándose al llegar á las montañas de la Luna, se ven obligadas á despojarse de una parte de su humedad. En las costas de Natal y de Guinea encontramos vientos marítimos húmedos, especies de monzones — es decir, empujados desde el mar frío hacia los países cálidos — que al remontar las montañas de la costa sufren igual suerte que aquéllos, y prolongan, por ende, el tiempo de las lluvias. Tierra adentro de estas montañas que absorben ese exceso de humedad, encontramos vastos territorios «resguardados de la lluvia», la cual llega á ellos en cantidad escasa, porque la absorción de humedad por aquellas montañas es sobrada. Existe otro factor mucho más poderoso, que produce en el interior la más espantosa sequedad, á saber, la corriente septentrional del monzón, que deslizándose por el Sahara no encuentra hasta muy adentro del Congo otro obstáculo á su marcha que su propia debilidad, tanto mayor cuanto más avanza en su curso. De aquí que aun cuando en esta parte de la tierra no aparezca tan marcado el carácter de desierto que tiene el Norte de África — puesto que el Kalahari del Sud, con alguna exageración llamado «desierto», no es más que una estepa — encontramos, sin embargo, en toda el África, y especialmente en el África meridional propiamente dicha, situada al Sud del trópico de Capricornio, varios territorios faltos de lluvia, en los cuales sólo con éxito muy dudoso pueden ser ejercidas la agricultura y la ganadería. Comarcas muy irregularmente regadas y por ende con una vegetación peculiar de las estepas, son, por ejemplo, algunas que se extienden entre Zanzíbar y Tanganika, como la meseta de Usagara.

El reino vegetal de África lleva impreso más el carácter del calor que el de la humedad tropicales, y por ende las huellas de la sequedad, de la falta de aguas, entre otras grandes diferencias interiores, imprimen á la flora africana un sello de comunidad y de afinidad continental. Los geógrafos-botánicos dividen el África en cinco ó seis territorios florestales ó provincias geográfico-botánicas, de las cuales la septentrional, que abarca la mayor parte de las costas del Mediterráneo, pertenece á la provincia mediterránea, cuyo centro ha de buscarse en el Sud de Europa y en el Oeste de Asia. En esta provincia llaman la atención las malezas siempre verdes, ante las cuales quedan postergadas las formas de vegetación en selvas ó prados que vemos en el centro de Europa. Los bosquecillos son aquí mucho más frecuentes que las selvas, pues las largas y persistentes sequías privan á la tierra del agua que tan necesaria es á éstas. Esta provincia confina con el árido territorio del Sahara, que, extendiéndose hacia el Sud hasta los 20° de latitud Norte, constituye el desierto con más propiedad llamado tal de todos los de la tierra, y ofrece inmensas extensiones sin una planta: sus mismos oasis son pobres en árboles, y los vegetales, de número y tamaño reducidos, carecen de jugo como todos los de las estepas.

Sigue luego el territorio del Sudán, que es el propiamente central-africano y que, comprendiendo la mayor parte del continente, se extiende desde los 20° de latitud Norte á los 20° de latitud Sud, con un estrecho apéndice en la costa sudeste que llega hasta los 30°. La forma en este territorio dominante es la de sávana con altas hierbas, sobre las cuales destacan escasos árboles que algunas veces se agrupan formando bosquecillos y muy pocas formando verdaderos bosques. Esto hace que el país ofrezca el aspecto de parque, cuyo desenvolvimiento típico encontramos en el Su-



El arbusto del papel (*Cyperus Papyrus*)

dán, en donde por encima de las hierbas de las sábanas aparecen, aquí y allí diseminadas, mimosas de tamaño unas veces fantástico y otras miserablemente raquítico. En los países bajos húmedos, los bosques vírgenes ocupan gran espacio, pero su riqueza vegetal es infinitamente menor que la que encontramos en las selvas vírgenes del Sud de América ó del Sud de Asia. Todo el territorio, según un cálculo de Grisebach, apenas tiene la mitad de las especies que cuentan los territorios correlativos, aunque más pequeños, de Asia ó de América: en otros términos, es más uniforme. En los mismos bosques vírgenes más frondosos no faltan árboles que se despojan de sus hojas, ni las formas mucroníferas y carnosas de los aloes y de los euforbios, parecidos á los cactus, ni las mimosas, para dar testimonio de la sequedad que es el rasgo característico de todo este suelo.